

El archicanciller, que no quería exponerse á perder su silla arzobispal, sino asegurarla por medio de una adopción que debía mantenerla, á no ser que Napoleón quisiese atentar contra los intereses de su familia, lo cual no solía tolerar ella, ni su jefe hacerlo tampoco, no esperó á que aquel plan fuese presentado, discutido y aprobado, sino que sin consultar con nadie, y con no poco asombro de los otros Estados germanos, salió nombrando al cardenal Fesch su coadjutor para el arzobispado de Ratisbona, y escribió á Napoleón poniendo en su noticia ese nombramiento.

Napoleón no tenía motivo alguno para amar al cardenal Fesch, hombre altivo y tenaz, y no el menos descontentadizo de todos sus parientes, por lo cual le interesaba muy poco el verle al frente del imperio germano; pero sin embargo toleó sin chistar esa extraña elección, síntoma manifiesto de lo dispuestos que se sentían los príncipes alemanes oprimidos para poner en manos de Bonaparte el nuevo cetro imperial.

No quería arrancarle directamente de manos del jefe de la casa de Austria, empresa que él tenía por demasiado grave en aquellas circunstancias, aunque rara ó ninguna fuera la que pudiese arredrarle después de la batalla de Austerlitz; pero sobrado distinguía hasta dónde alcanzaba entonces su poder en la Alemania, y no quería ir más allá de lo que se había propuesto y convenía cumplir, que era dislocar, debilitar el imperio germano para que el brillo del francés resplandeciese solo en Occidente. Después reuniría los príncipes de la Alemania meridional, situados en las márgenes del Rin, en Franconia, en Suabia y en Baviera, formándolos en confederación bajo su protectorado explícito. Esa confederación se declararía independiente del imperio germano, dejando á los demás príncipes de la Alemania, ó en la antigua federación, ó sometidos á la autoridad del Austria, ó ya en fin, y esto era lo más probable, todos ellos se separarían, poniéndose unos bajo el amparo de la Prusia, otros bajo el del Austria. En tal caso, teniendo ya el imperio francés bajo su dependencia formal la Italia, Nápoles, la Holanda y un día acaso la Península española, ejerciendo también el protectorado en el Mediodía de la Alemania, venía á abarcar con corta diferencia los Estados que pertenecieron á Carlomagno, y podía suplir al imperio de Occidente. Que llevara ó no ese mismo título era cuestión de nombre; pero sobrado grave al cabo, en razón de los celos de la Europa, aunque fácil de realizar el día de una victoria ó de una negociación dichosa.

Para ejecutar ese proyecto era muy poco lo que restaba que hacer; porque la Baviera, Wurtemberg y Baden ya estaban negociando en París el arreglo definitivo de su situación. Todos los demás príncipes pedían también que se les comprendiera bajo cualquier concepto y á cualquier condición que fuese en el nuevo sistema federativo ya previsto por todo el mundo, y deseado, una vez que parecía como inevitable. Incribir su nombre en ese sistema era lo mismo que asegurar su exist-

germana. Mr. de Hedouville ha inspirado una confianza tan completa al elector archicanciller, que se contemplará muy dichoso si él se dignase exponer todas estas ideas, y la pureza que las dicta, á S. M. el emperador de los franceses y á su ministro Mr. de Talleyrand.

CARLOS, elector archicanciller. (N. del A.)

tencia, y quedar fuera de él, la ruina. Bastaba entrar en pactos con los príncipes de Baden, de Wurtemberg y de Baviera, y eso sin consultar con ellos sino hasta un cierto punto, y excluyendo de las negociaciones á todos los demás príncipes, á los cuales se les presentaría el pacto ya extendido para que le firmasen pura y simplemente, si acaso importara conservarlos. La nueva confederación había de intitularse Confederación del Rin y Napoleón se llamaría su protector.

La redacción del proyecto de confederación quedó confiada á Mr. de Talleyrand, acompañado de Mr. de Labesnardiere, primer oficial de la secretaría y hombre muy hábil, debiendo ser sometido en seguida á la aprobación del emperador (1).

Tal fué, como se deja ver, el encadenamiento de los hechos que por dos veces llevó la Francia á mezclarse en los negocios de la Alemania. En la primera vez, el repartimiento inevitable de los bienes eclesiásticos salió amenazando con un trastorno general á toda la Alemania, y hubo que recurrir á Napoleón para que él mismo hiciese aquel repartimiento, sin perder de vista las reformas que en virtud de ese repartimiento se harían necesarias en la constitución germana. En la segunda, como ocurriera la irrupción de los austriacos en Baviera, poniendo á Napoleón en la necesidad de trasladarse desde las costas del Océano á las márgenes del Danubio y de contraer alianzas en el Mediodía de la Alemania á cuenta de recompensas y de extensión de Estados, aunque obligado por lo mismo á contener á sus aliados siempre que quisiesen abusar de su protección, también le fué preciso intervenir para arreglar la situación de los príncipes alemanes que, geográficamente hablando, interesaban á la Francia.

La única mira personal que él pudo tener en todo eso fué el atender á que vacase un título augusto por medio de la disolución del imperio germano, y no dejar á vista de los pueblos sino el brillo del imperio francés. Con todo, las causas esenciales de su intervención no hay que verlas sino en las violencias del fuerte contra el débil, en los lamentos de éste y en el noble deseo de reprimir injusticias cometidas bajo su nombre, reformando al propio tiempo la Alemania de una manera conforme á las luces de su sensatez, ya que al cabo no podía dispensarse de intervenir en ella.

Mas no por eso dejó de ser un gran desacierto de parte de Napoleón ese modo de intervenir en los negocios alemanes, y máxime no ciñendo la intervención dentro de ciertos límites. Pretender una influencia predominante en el Mediodía de la Europa, en la Italia y aun en España, entraba en las miras de la política francesa de todos los tiempos, y por muy exagerada que pareciera esa ambición, con triunfos brillantes pudiera quedar disculpada; mas eso de querer extender su poder al Norte de la Europa, esto es, á la Alemania, era llevar hasta el último extremo el secreto despecho del Austria, y era en fin inspirar á la Prusia recelos de un género como nunca hasta entonces los había inspirado la Francia. Era además tomar por su propia cuenta cuantas contiendas nacían de la desunión de todos los príncipes entre sí; querer pasar por apoyo y cómplice

(1) El mismo Mr. de Labesnardiere, confidente único de aquella creación, nos ha confiado esos detalles, apoyados además en una multitud de documentos auténticos. (N. del A.)

de los opresores, con no ser sino defensor de los oprimidos; enemistarse con los que no habían recibido favores, sin poder contar con la amistad verdadera de los favorecidos, como que no se ocultaban para decir que no obstante haberse enriquecido con dones nuestros, todavía se revolverían contra nosotros, siempre que así lo aconsejara la conservación de lo que habían adquirido. En cuanto á la asistencia que se creía encontrar en sus tropas, era una quimera harto peligrosa que debía inclinarse á que fuesen considerados como auxiliares unos soldados que en su día no dejarían de ser traidores. Y el desacierto mayor estaba en cambiar las antiguas combinaciones de la Alemania, que tantos celos inspiraban siempre á la Prusia con el Austria, inclinándola por lo mismo á ser la aliada de la Francia, haciendo de paso de todos los príncipes alemanes rivales envidiosos unos de otros, y por tanto clientes de nuestra política, en la cual buscaban su apoyo. Que la Francia diese algo más de importancia á la influencia de la Prusia, y rebajase algo también la de Austria, era hacer bastante en un siglo, y aun era hacer todo cuanto la Alemania necesitaba; pasar de ahí no era sino promover trastornos en la política europea, siempre funestos, rara vez útiles. Dado el caso de ir con los cambios hasta el punto de hacer á la Prusia prepotente, lo que únicamente se lograba era que el peligro mudase de lugar, esto es, trasladar á Berlín al enemigo que encontrábamos siempre en Viena; viniendo á parar estos cambios en aniquilar á la Prusia y al Austria, la consecuencia sería el alzamiento general de toda la Alemania; conceder á los pequeños Estados más de lo que pidiera una justa protección para ciertos príncipes de segundo orden como la Baviera, Baden y Wurtemberg, de ordinario aliados de la Francia, y pagar sus alianzas después de la guerra con demasía, también era una intervención fatal en los negocios ajenos, una aceptación gratuita de dificultades con las que nada teníamos que ver, y una insigne falsedad encubierta con el velo de una aparente violación de la independencia extranjera. Restaba, pues, otro desacierto, el más grave de todos, el establecimiento de tronos franceses en Alemania; pero Napoleón no había llegado á adquirir todavía un poder tamaño, ni podía por lo mismo incurrir en semejante error. La antigua constitución germana modificada por la deliberación de 1803 con algunas aclaraciones más que quedaron descuidadas cuando aquélla, y con las antiguas influencias, aunque salieran proporcionalmente modificadas, he ahí lo que convenía para la Francia, para la Europa y para la misma Alemania. Emprendimos obra más grande y más en provecho de esa última potencia que en el nuestro; ella nos lo ha pagado con un profundo encono; ha esperado el instante en que nuestras armas venían en retirada para asesinar por la espalda á nuestros soldados perseguidos por numerosas falanges... ¡Tal ha sido el fruto de los desaciertos!.

Una vez que Napoleón hubo confiado á Mr. de Talleyrand y de Labesnardiere el cuidado de concertar en secreto los detalles del nuevo plan de confederación germana, con los plenipotenciarios de Baden, de Wurtemberg y de Baviera, él por su parte procedió á la ejecución de su plan general, sobre todo por lo que mira á la Italia y á la Holanda, con el objeto de que los ministros de la Rusia y de la Inglaterra, que cada uno de ellos

debían tratar por separado, se hallasen en tiempo hábil con resoluciones consumadas é irrevocables, respecto á los nuevos tronos que iba á levantar.

La corona de Nápoles estaba destinada para José; la de Holanda para Luis. La institución de esos dos reinos era á la vez para Napoleón un cálculo político y una satisfacción de afecto. A lo de hombre soberanamente grande reunía lo de bondadoso y sensible á los afectos de la sangre hasta el punto de ser débil en más de una ocasión. Y no siempre recogía el debido premio á sus tan excelentes sentimientos, porque no hay cosa tan exigente como una familia salida de la nada. Entre todos sus parientes ni uno solo había que con todo de reconocer que el vencedor de Rívoli, de las Pirámides y de Austerlitz era el que había fundado el engrandecimiento de los Bonapartes, no se creyera por algo en la obra, y que dejase de mirarse como tratado de un modo injusto, severo ó muy poco de acuerdo con sus méritos. Su madre le repetía sin cesar que á ella que le había echado al mundo, no se le concedían tantos homenajes, tantas atenciones como por aquel concepto le eran debidas; y, sin embargo, de entre todas las mujeres de la familia, esa era la más modesta y la menos envanecida. Luciano Bonaparte pretendía que á él debía su hermano la corona, como que él solo fué el que supo mantenerse imperturbable el 18 brumario, y que por precio de tamaño servicio se le tenía desterrado. José, el más pacífico de todos y el más sesudo, decía á su vez que era el primogénito y que no le guardaban las consideraciones debidas á semejante calidad. Cerca estaba de creer que los tratados de Luneville, de Amiéns y el concordato, á cuyo ajuste le comisionó Napoleón por complacencia y en detrimento de Talleyrand, eran obra de su habilidad personal, tanto como podían serlo los triunfos de su hermano. Luis, enfermo, receloso, lleno de orgullo, de una virtud afectada y de una honradez indisputable, se suponía sacrificado á un oficio infame, el de cubrir con su calidad de esposo las debilidades de Hortensia de Beauharnais con Napoleón; calumna odiosa inventada por los emigrados, publicada en cien libelos, y que Luis había acogido descabelladamente hasta el punto de suponer que lo creía. Ello es que cada cual se consideraba víctima de esta ó de la otra naturaleza, y muy mal pagado de los esfuerzos con que había contribuido al engrandecimiento de su hermano. Las hermanas de Napoleón, ya que no osaran salir con semejantes pretensiones, no le dejaban respirar acometiéndole con sus desazones y reyertas y turbando con sus quejas aquella alma tan llena de otros cuidados. Carolina no hacía sino pedigüeñar constantemente para Murat, que con todo de ser no poco ligero de cascos, pagaba por lo menos los beneficios de su cuñado con un amor que ni remotamente permitía augurar entonces su conducta ulterior, aunque del hombre veleidoso todo sea de esperar. Elisa, su hermana mayor, puesta en Luca y ocupada en procurarse la gloria personal de regir con acierto un Estado, que en efecto regía perfectamente, todavía deseaba se le engrandeciese su ducado.

Entre toda esa familia, Jerónimo como el más joven, y Paulina como la más desvanecida, eran los únicos exentos de esas exigencias, de esos resentimientos, de esos celos que turbaban el interior de la casa imperial. Jerónimo, cuya juventud poco arreglada se atrajo más



de una vez la severidad de Napoleón, miraba en éste más bien un padre que un hermano, y recibía sus beneficios con el alma llena de una gratitud pura. Paulina dada á los placeres como una princesa de la familia de los Césares, y hermosa como la Venus de la antigüedad, no apetecía las grandezas de su hermano sino como medio de saciar sus apetitos desordenados; ningún otro título quería admitir sino los de los Borghese, cuyo nombre llevaba ella (1); y se sentía más inclinada á la riqueza como fuente de todos los gozes, que no á la grandeza, no ofreciendo sino la satisfacción del orgullo. Amaba con tal pasión á su hermano, que mientras éste estuviera en la guerra, el archicanciller Cambaceres, encargado del gobierno de la familia y del Estado, tenía necesidad de enviar á aquella princesa todas las noticias, desde el mismo instante en que las recibiera, porque el menor atraso la ponía en estado de padecimientos crueles.

Si toda esa familia se declaró enemiga de Josefina, sólo fué por el temor de que Napoleón la posponía á los descendientes de Beauharnais; sobre este punto sobrado atribulaban al emperador con piques de toda especie. El engrandecimiento tan precoz de Eugenio, ya virrey y heredero presunto del hermoso reino de Italia, les causaba una envidia desesperada, y, sin embargo, con esa corona se había convidado á José, y la rehusó porque le ponía con demasiada dependencia bajo el poder del emperador de los franceses. Quería ser rey independiente, decía él. Más tarde veremos las funestas trabas, las desgracias que produjo sobre el número de las que por otra parte experimentamos, ese apego á la independencia, común á todos los miembros de la familia imperial, y que combinada con las inclinaciones de los pueblos que ellos fueron á regir, debía hacer tan difícil el reinado de Napoleón.

El repartimiento de los tronos y de los ducados de nueva creación, entre la familia Bonaparte había de hacerse. La corona de Nápoles aseguraba á José una situación con una independencia notoria, y por otra parte no era digna de menosprecio. Harto sensible es el haber menester de usar de tales términos para caracterizar los sentimientos con que se aceptaban tales cetros por unos príncipes cuya cuna fué tan distante del trono, y no menos distante de ese engrandecimiento que los particulares deben tal vez al nacimiento ó á las riquezas. Pero en eso no se ve sino una de las singularidades del espectáculo tan fantástico que ofreció la revolución francesa, con el hombre extraordinario que ella puso á su frente; singularidad, sí, pues no otro nombre merecen esas resistencias, esas indecisiones, ese desdén, por decirlo así, de una saciedad anticipada, manifestadas en presencia de las más brillantes coronas por personajes que en su juventud en todo pensarían menos en que un día irían á llevarlas. Napoleón, que había visto á José desdeñando, ora la presidencia del senado, ora el virreinato de Italia, todavía temía que se había de negar á la aceptación del trono de Nápoles, y por tanto no le confirió al principio sino el título de su lugarteniente (2).

(1) Por ser el de su segundo marido, el príncipe Camilo, que tan nobles recuerdos dejó entre los piemonteses durante su gobierno. (N. del T.)

(2) Citamos aquí las siguientes cartas para que se vea cómo Napoleón daba las coronas, y cómo eran recibidas.

Seguro ya luego de que aceptaba aquella corona, extendió el decreto nombrándole rey de Nápoles, y le comunicó al senado para los efectos consiguientes.

En cuanto á la corona de Holanda, para Luis fué destinada; ese Luis que después salió diciendo á la Europa en un libro lleno de acusaciones contra su hermano, lo mucho que él se había ofendido porque no se consultó su voluntad en aquella ocasión. Efectivamente que Napoleón no consultó la voluntad de Luis, como que ni aun supuso que ese don pudiera disgustar á su hermano, y no hizo sino despachar para aquel reino algunos de sus más principales hijos, particularmente al almirante Verhuel, el valiente, el hábil comandante de la flotilla, á fin de que dispusieran los ánimos de sus conciudadanos á renunciar su antiguo gobierno republicano, constituyendo el monárquico. Ese es otro rasgo del cuadro que vamos trazando. Ahí está esa revolución francesa, que comienza su obra queriendo convertir en repúblicas todos los tronos y ahora anda transformando en monarquías las más antiguas repúblicas. Esa tan peregrina tendencia ya nos la habían enseñado las repúblicas de Venecia y de Génova, convertidas en provincias de varios reinos, y las ciudades libres de la Alemania perdidas en diversos principados; pero el último y el más asombroso fenómeno el reino de Holanda le exponía, esa Holanda que después de haberse echado en

*Al ministro de la Guerra.*

*Munich, 5 de enero de 1806.*

Despachad al general Berthier, vuestro hermano, con el decreto que nombra á José comandante del ejército de Nápoles. Encargadle un secreto inviolable, y que no entregue ese decreto sino al príncipe en persona en cuanto él llegue. Digo que debe guardar el mayor secreto, porque todavía no estoy cierto de que el príncipe pase á ese punto, y por lo mismo conviene que nada se traduzca respecto á este particular.

*Al príncipe José.*

*Stuttgart, 19 de enero de 1806.*

Mi intento es que entréis en el reino de Nápoles en los primeros días de febrero, y que se me diga que mis águilas se ostentan en la capital de esa monarquía en todo el corriente del referido mes. No tratéis suspensión de armas ni capitulación de ninguna especie, pues voy en ánimo de que acabe de una vez en Nápoles el reinado de los Borbones, y quiero poner en ese trono á un príncipe de mi familia, á vos ante todas cosas, si acaso os agradase; á otro en el supuesto de que no lo estiméis conveniente.

Os encargo, de nuevo que no diseminéis vuestras fuerzas; que todo vuestro ejército pase el Apenino, y que todas las divisiones que lleváis marchen directamente contra Nápoles, de suerte que en un mismo día puedan verse reunidas en un mismo campo de batalla.

Dejad en Ancona un general, depósitos, provisiones y algunos artilleros para la necesaria defensa de la plaza. En ocupando á Nápoles, por sí mismas se rendirán las extremidades; todo lo que se encuentra en los Abruzzos será tomado de rechazo, y se cuidará de despachar una división á Tarento, y otra parte de la Sicilia para acabar la conquista del reino.

Mi intento es dejar á vuestras órdenes en el reino de Nápoles por todo el presente año, y hasta nuevas disposiciones, catorce regimientos de infantería francesa completos, con el necesario surtido de guerra, y doce de caballería bajo el mismo estado.

El país debe suministrarlos los víveres, el vestuario, las remontas y todo lo demás necesario: de suerte que yo no tenga de gastar ni un ochavo. Mis tropas no residirán en el suelo de Italia sino el tiempo que vos mismo creyereis conveniente, tras lo cual regresarán á Francia.

Debéis levantar una legión napolitana, no consintiendo en ella extranjeros, ni como soldados ni como oficiales, sino gentes del país que quieran declararse adictos á mi causa. (N. del A.)

manos de la Francia para quedar libre de sus estatúdes, sentía el verse condenada á una guerra eterna, y se mostraba ingrata para con Napoleón, que tanto en Amiéns como en todos los demás puntos se esforzaba para que ella obtuviera la restitución de sus colonias. Son los holandeses medio ingleses por su religión, sus costumbres y su espíritu mercantil; y aunque enemigos de los ingleses por sus intereses marítimos, ningún apego tenían al gobierno de Napoleón ni á su engrandecimiento exclusivamente continental. El menor triunfo obtenido por Napoleón en los mares le hubiera granjeado el afecto de los holandeses, mejor que todas las brillantes victorias obtenidas en el continente. Mostraban no poco desdén por el gobierno semimonárquico del *gran pensionario* que Napoleón les indujo á darse (1), cuando comenzó á poner un como primer cónsul en todos los países sumisos á la influencia francesa. Ese gran pensionario llamado Mr. Schimelpenick, buen ciudadano y hombre de honor, no era en sentir de ellos sino un prefecto francés encargado de cometer exacciones, porque cobraba contribuciones y contraía empréstitos para hacer frente á las necesidades de la guerra. El descontento que inspiraba ese gobierno del gran pensionario era el solo motivo que pudiera entonces inclinar la Holanda á la aceptación de un rey (2). Aunque cogidos de ese fastidio que todo lo mira con indiferencia al final de las revoluciones, todavía experimentaban los holandeses un dolor indecible viendo cómo se les arrebataba su estado republicano (3). Sin embargo, con la promesa de que se les dejarían sus leyes, sobre todo la de sus municipios, y los elogios que se les hacía de Luis Bonaparte, ponderando la regularidad de sus costumbres, su inclinación á la economía, la independencia de su carácter, y en fin, con la resignación ordinaria á cosas previstas muy de antemano, los principales representantes de la Holanda se pronunciaron por el establecimiento de un trono, y un tratado vino á convertir la nueva situación de la Holanda con la Francia en una alianza de Estado á Estado.

Las provincias venecianas que Napoleón no quiso incorporar inmediatamente al reino de Italia, á fin de estudiar más á sus anchas sus recursos y disponer de ellas después como más conviniera á sus designios; las provincias venecianas, decimos, inclusa la Dalmacia, fueron incorporadas al reino de Italia bajo la condición de ceder el país de Massa á la princesa Elisa para que fuera más rico el ducado de Luca, y el ducado de Guastalla para la princesa Paulina Borghese, que nada había recibido todavía de la munificencia de su her-

(1) *Les fué impuesto violentamente*, pues no de otro modo se puede decir, la alternativa entre ese género de gobierno en manos del sabio y honrado Juan Ruter, ó la incorporación de la Holanda al imperio francés. (N. del T.)

(2) La fuerza se le imponía también. El gobierno de Juan Ruter Schimelpenick no les pesaba á los holandeses, pues que justamente procedía de un hombre que todos ellos adoraban, y el único que sabía sacarlos de los tantos apuros de aquella época. Hombre por hombre, ¿á qué fin pospondrían los holandeses el suyo al intruso Luis, y máxime aborreciendo á Napoleón como le aborrecían, que así lo confiesa el mismo Thiers? Dígame que se anda dorando las usurpaciones, y nada más. (N. del T.)

(3) Eso ya prueba algo en abono de las precedentes notas; sí que sentían los holandeses ese gobierno, y más desde que le dirigía el célebre autor *De imperio populari rite temperato*, cuando ni aún tenía más de veintidós años. (N. del T.)

mano. Paulina no quiso conservar ese ducado, antes se le vendió de nuevo á la corona de Italia por unos cuantos millones.

Aquel era quizá el momento oportuno para acordarse del papa y examinar la causa verdadera de su descontento. Ya que la Italia era entonces la merienda de los reyes despedazada á sablazos, nada tan fácil como haber dado á San Pedro su parte, y tratar de atraerse por medio de algunas ventajas temporales ese poder espiritual, con quien toda contienda es arriesgada aun en estos nuestros tiempos de fe vacilante, y poder más



Paulina Bonaparte

temible cuando oprimido que en siendo opresor. Contentos y muy contentos habrían quedado los nuevos monarcas aun cuando llevaran sus Estados una provincia menos; y como Pío VII se viera remunerado, de sobra sufriera con mayor paciencia el que el poder francés le acabara de acorralar, que al cabo ya lo había cumplido desde el entronizamiento de José en Nápoles. Como quiera, todavía podía Napoleón dar Parma y Plasencia, y ningún destino tan acertado como el usar de esos dos países gratificándose los á la corte de Roma para su consuelo; pero desde la batalla de Austerlitz muy poco ó nada le importaban á Napoleón las resistencias físicas ni las morales. Estaba sumamente incomodado contra el papa por los manejos con que hostilizaba el nuevo rey de Nápoles, y por lo mismo más se inclinaba para rebajar el patrimonio de San Pedro que no por aumentarle. Por otra parte, se reservaba Parma y Plasencia para un objeto que no carecía de mérito tampoco, cual era el poner aquellos países para indemnización de los príncipes protegidos por la Rusia y la Inglaterra, tales como los soberanos de Nápoles y del



Piamonte, reyes destronados á quienes se les destinaban algunas migajas de las sobranes del rico banquete en torno del cual estaban sentados los nuevos monarcas. Semejante pensamiento nada tenía de desacertado; pero dejaba en pie el descontento del papa, dispuesto á fulminar anatemas, cuando tan fácil hubiera sido el acallarle sin gran menoscabo de los reinos recientemente instituidos.

Era, pues, preciso pensar también en acomodar á Murat, esposo de Carolina Bonaparte, y que al cabo en la guerra había ganado lo que ahora se le iba á conceder por razón de parentesco; pero también Murat tenía sus exigencias, ó mejor, apadrinaba las exigencias de su esposa. Napoleón había pensado en darles el principado de Neufchatel; pero ni el marido ni la mujer le quisieron; y cuánto sería su disgusto en presencia de semejante don, nadie sino es Cambaceres pudiera decirlo: el archicanciller Cambaceres, mediador ordinario entre Napoleón y su familia, con esa calma conciliadora que sofoca los arrebatos recíprocos, que oye todas las quejas, y que no repite sino lo que sin compromiso se puede repetir, ese fué entonces el confidente del vivo disgusto de los dos esposos, que se decían tratados con una desigualdad humillante. En tal entender Napoleón pensó en darles el ducado de Berg, cedido á la Francia por la Baviera en cambio de Anspach, y aumentado con los restos del ducado de Cleves; país delicioso y situado á la derecha del Rhin, que contenía trescientas veinte mil almas, rendía cuatrocientos mil florines de renta después de pagados todos los gastos de administración y la subsistencia de dos regimientos que podía mantener, pudiendo procurar á su dueño una cierta importancia en la nueva confederación germana. La fértil imaginación de Murat y la no menos fecunda de su mujer bien llegó á soñar en efecto que llegarían á representar en ese Estado un papel harto considerable, y decorado exteriormente con algún gran título sacado de entre las cenizas del Santo Imperio.

Quedaba, pues, arreglada la familia imperial; pero Napoleón no encerraba su amor en sus hermanos y hermanas solamente: le quedaban todavía sin premio sus compañeros de armas y los colaboradores de sus tareas civiles. De concierto en esta parte su natural benevolencia con su política, con gusto se disponía él á premiar la sangre de los unos y las vigiliias de los otros. Quería que todos sus empleados fuesen valientes, laboriosos y pródigos, y para que eso fueran pensaba que era necesario recompensarlos. Indecible es la satisfacción de su alma noble al ver la sonrisa en los labios de todos cuantos le servían; no la sonrisa de la gratitud, porque en general apenas creía en ella, sino la del contento cada cual en su clase.

Púsose á consultar con el archicanciller Cambaceres acerca de la distribución de nuevas mercedes, y ese personaje, que con saber cuán rico fuera el botín que restaba por repartir, todavía le parecía mayor la extensión de servicios y de ambiciones dignas de recompensa, adivinando el embarazo de Napoleón en este punto, comenzó á sacarle de él por lo que á su persona tocaba, suplicándole encarecidamente no pensase en ponerle en ninguno de los nuevos ducados. Nadie en el mundo como Cambaceres para saber que en llegando el hombre á cierto grado de elevación vale más con-

servarse en él que subir; y si á Cambaceres se le dejara la dirección de la política, teniendo Napoleón la de la administración y la de las armas, la preponderancia del imperio una vez adquirida jamás se habría perdido. El archicanciller no quería más que una cosa, guardar su actual engrandecimiento; y la certidumbre de que había de guardarle le era preferible á todos los ducados del mundo, certidumbre que él tenía adquirida desde la ocurrencia que vamos á relatar. Hubo un instante en que él llegó á temer que Napoleón no exigía que los nuevos reyes conservasen sus dignidades francesas sino con el intento de que en esos reyes recayesen las primeras dignidades del imperio, y que á ellos habían de pasar no tardando los títulos de archicanciller y de architesorero, el primero en su persona y el segundo en la del príncipe Lebrún. Deseando descubrir la idea de Napoleón sobre ese particular, le dijo un día: «Cuando crearéis un rey ya dispuesto á recibir el título de archicanciller, dignaos advertírmelo y al instante os presentaré mi dimisión.—Descuidad, le contestó Napoleón; se encuentra muy bien un jurisconsulto en ese empleo, y quiero que le conservéis.» Efectivamente, con tantas testas coronadas como componían en otro tiempo el imperio germano, todavía parecieron allí tres dignidades para simples prelados, los electores de Maguncia, de Tréveris y de Colonia; de la misma manera ahora en medio de esos reyes, dignidades de su imperio, aún se complacía Napoleón en reservar un puesto para el primero y el más grave magistrado de su tiempo, á fin de que en sus consejos entrasen el juicio y la prudencia, que no siempre asiste á los reyes.

Nada más era menester para que enteramente satisfecho se sintiera el prudente archicanciller; y desde entonces como nada pedía para sí, como nada quería, fué de muchísima utilidad para Napoleón en el difícil repartimiento de los beneficios que iba á hacer. Ambos convinieron en que el primero por donde debían comenzar las recompensas, y recompensas magníficas, era Berthier, el sujeto más aplicado, el más puntual, acaso el más entendido de todos los generales de Napoleón, el que siempre se encontró á su lado y al alcance del cañón enemigo, y el que sin ningún indicio de pesar aguantaba una vida cuyos peligros, por grandes que fuesen, no igualaban con su valor; pero que al cabo comenzaba ya á sentirse mal hallado con tantas fatigas. Napoleón experimentó el mayor contento al pensar que por fin iba á premiar sus servicios, como los premió otorgándole el principado de Neufchatel, que le constituía príncipe soberano.

Tenía Napoleón entre sus servidores uno que ocupaba en Europa un rango superior al de los demás, Mr. de Talleyrand, que le servía más por el arte con que sabía tratar con los ministros extranjeros y la elegancia de sus modales, que no con sus luces en el consejo, donde tuvo sin embargo el mérito de opinar constantemente por la moderación. Napoleón no le quería, y hasta desconfiaba de él; pero le dolía el verle descontento, que descontento se mostraba desde que se vió excluído del número de las grandes dignidades, y Napoleón para recompensarle le confirió el precioso principado de Benevento, uno de los dos que se le acababan de quitar al papa como comprendidos en el reino de Nápoles.

En el mismo reino quedaba también el principado de Ponte-Corvo, dependiente igualmente del papa; Napoleón quiso se le diera á un personaje que no había prestado ningún servicio de consideración, que nutría la traición en su pecho, pero que era cuñado de José; en fin, al mariscal Bernadotte. Mucho tuvo que violentarse Napoleón hasta conceder esa dignidad á un tal hombre; pero cedió por espíritu de conveniencia, por respetos de familia, por prenda de su olvido á las injurias.

Poco importara el que esos tres ó cuatro personajes salieran premiados si Napoleón no hubiese pensado en recompensas para otros servidores suyos, mucho más numerosos y más dignos de ellas también, si exceptuamos á Berthier, servidores que le seguían á todas partes y que esperaban su parte de los frutos de la victoria. Al dar los cetros puso por condición á los nuevos reyes que habían de instituir en sus reinos ducados ricamente dotados y entregarle además una cierta porción de los dominios nacionales. Así, pues, al añadir al reino de Italia los Estados venecianos, se reservó para sí mismo la creación de doce ducados bajo los siguientes títulos: ducados de Dalmacia, de Istria, de Friul, de Cadore, de Bellune, de Conegliano, de Treviso, de Filtre, de Basano, de Vicenza, de Padua y de Róvigo. Esos ducados no conferían poder ninguno, pero aseguraban una dotación anual que debía salir de la décimaquinta parte de las rentas del país, reservada al efecto. Dió el reino de Nápoles á José con la reserva de fundar en él seis señoríos, dos de los cuales habían de ser los precitados Benevento y Ponte-Corvo, y los otros cuatro los ducados de Gaeta, de Otranto, de Tarento y de Reggio. Con añadir al principado de Luca el de Massa, Napoleón exigió la creación del ducado de ese último nombre. Todavía instituyó otros tres en los países de Parma y Plasencia, recayendo el uno de ellos en el architesorero Lebrún. (1). Con todos esos títulos de nueva creación figuraron muy pronto los más ilustres servidores del emperador, llevándolos hoy en día sus descendientes como último y vivo testimonio de nuestra grandeza pasada. Esos ducados todos ellos fueron instituídos bajo de unas mismas condiciones, es decir, sin poderío, pero dotados con la décimaquinta parte de las rentas de los Estados. Como además también quisiera Napoleón que hubiera recompensas para cada grado, hizo que cada uno de aquellos países contribuyera con bienes nacionales y rentas para crear dotaciones. En el Estado de Venecia tomó por treinta millones de francos en bienes nacionales, y una inscripción de renta de un millón doscientos mil francos en el gran libro del reino de Italia. Con el mismo destino se reservó en los bienes nacionales de Parma y Plasencia una renta de un millón sobre el reino de Nápoles y en los principados de Luca y de Massa cuatro millones en bienes nacionales. Componían el todo de lo que acabamos de referir veintidós ducados, treinta y cuatro millones en bienes nacionales, dos millones cuatrocientos mil francos en rentas, que con el tesoro del ejército, enriquecido por la primera contribución de guerra hasta setenta millones, y con esperanzas de enriquecerse constantemente á beneficio de nuevos triunfos, había de servir

para señalar dotaciones á todos los grados desde el último soldado hasta el primer mariscal. También en esas dotaciones tendrían su parte los empleados civiles. Entre Napoleón y Talleyrand ya se había madurado el proyecto de reconstituir la nobleza, pareciendo todavía poco el lustre de la Legión de Honor y de los ducados. Napoleón quería condes, barones, etc., teniendo por necesarias esas distinciones sociales, y deseando que cada cual se elevara á su lado según sus merecimientos; pero entendía también corregir la profunda vanidad de semejantes títulos de dos maneras distintas, haciendo que se adquiriesen á costa de señalados servicios y dotándolos de modo que quedase afianzado el porvenir de las familias.

Al senado pasaron sucesivamente todas esas resoluciones para que aquel cuerpo las convirtiera en artículos de las constituciones del imperio en el término de tres meses, los de marzo, abril y junio. Así el 15 de marzo de 1806 Murat fué proclamado gran duque de Cleves y de Berg, y el 30 del mismo mes José rey de Nápoles y de Sicilia, Paulina Borghese duquesa de Guastalla y Berthier príncipe de Neufchatel. Como las negociaciones con la Holanda sufrieron algún retardo, Luis no fué proclamado rey de aquel país hasta el 5 de junio, en cuyo día fueron también declarados Talleyrand en su calidad de príncipe de Benevento y Bernadotte en la de príncipe de Ponte-Corvo. Sin esfuerzo se podía creer entonces en la resurrección de aquellos tiempos del imperio romano, en los cuales un simple decreto del senado daba y quitaba las coronas.

Esa serie de actos tan pasmosos quedó cerrada con la creación definitiva de la confederación del Rhin. Las negociaciones se habían seguido con mucho sigilo entre Mr. de Talleyrand y los ministros de Baviera, de Baden y de Wurtemberg; pero en la agitación que mostraban los príncipes alemanes, todo el mundo veía que otra vez se andaba en constituir la Alemania. Aquellos que atendida la posición geográfica de sus Estados podían esperar que se les incluyera en la nueva confederación, suplicaban con ansia que se los admitiese en ella á fin de conservar su existencia. Los que habían de quedar rayanos con los límites de la confederación, se afanaban para penetrar el secreto de su forma constitutiva, para conocer cuáles habrían de ser sus relaciones con esa nueva potencia, á la cual se agregarían de buena gana mediante ciertas ventajas. El Austria, que miraba como disuelto el imperio después de algún tiempo, y sin utilidad ninguna para ella en adelante, asistía á ese espectáculo con una indiferencia marcada. No así la Prusia, que viendo una inmensa revolución en la ruina de la antigua confederación germana, nada anhelaba tanto como poder compartir con la Francia el poder imperial que á la casa de Austria se le quitaba y alcanzar la clientela del Norte de la Alemania mientras que la Francia se abrogaba la del Mediodía; por cuyo motivo por todas partes andaba acechando para ver de descubrir lo que se preparaba. El modo con que acababa de conducirse tomando posesión del Hannover y las comunicaciones publicadas en Londres, pusieron á Napoleón tan incomodado con esa potencia, que ni siquiera se cuidó de participarla cosas que no debieran haberse cumplido sin su anuencia. Y sobre alejarla de los negocios de la Alemania, que eran suyos propios, todavía se esparcían mil

(1) El ducado de Plasencia.

(N. del T)